

La parábola de hoy habría sido muy perturbadora la primera vez que Jesús la contó. Los judíos y la samaritana eran grandes enemigos. Sin embargo, la persona que Jesús presentó como modelo de misericordia para todos era un samaritano despreciado y odiado. La víctima del ladrón era presumiblemente judío, lo que la convertía en el enemigo del samaritano ; la enemistad es recíproca, aunque no debería serlo. Sin embargo, él samaritano fue el único que actuó con bondad y misericordia; fue el único que puso en práctica la ley del amor que Dios había grabado en su corazón.

El samaritano misericordioso, que fue un verdadero prójimo de la víctima del ladrón, representó un desafío para el doctor de la ley que le preguntó a Jesús cómo heredar la vida eterna. También nos desafía a nosotros. Su identidad no es el desafío; llamamos al samaritano «bueno». Sus acciones son las que nos desafían. La víctima del ladrón era presumiblemente judío, enemigo del samaritano; Sin embargo, el samaritano lo trató como a su prójimo, según la enseñanza de Moisés en Levítico (19:18): amar al prójimo como a uno mismo. El samaritano se esmeró en mostrar amor y misericordia a este enemigo: curó sus heridas, lo montó en su propio caballo y lo llevó a una posada donde continuó cuidándolo. Dejó dinero para que el posadero siguiera cuidándolo y prometió pagar más a su regreso si era necesario.

Vivimos en un mundo muy dividido, incluso dentro de la iglesia. ¿Cómo tratamos a quienes no están de acuerdo con nosotros, a quienes a menudo llamamos "enemigos"? Ni siquiera podemos llamarlos nuestros enemigos, porque en realidad solo tenemos un enemigo: Satanás. Sin embargo, permitimos que nuestras afiliaciones políticas, raza, cultura, idioma, equipos deportivos, preferencias litúrgicas, sexualidad, género y muchas otras cosas, tanto serias como triviales, nos dividan, y nos tratamos unos a otros como enemigos, cuando solo Satanás debería ser tratado como tal. Esto no significa que permitamos que otros sigan haciéndonos daño. Eso no sería justo. Pero que alguien nos trate como su enemigo no nos da derecho a tratarlo como nuestro.

En concreto, ¿qué podemos hacer? Siempre podemos esforzarnos por ser respetuosos unos con otros, teniendo siempre presente que esta persona fue creada a imagen y semejanza de Dios y es un hijo amado de Dios. Podemos orar por esa persona o grupo de personas para que Dios los bendiga según su voluntad...su voluntad, no la nuestra. Los simples actos de bondad también pueden contribuir en gran medida a la reconciliación. No podemos controlar cómo esa persona recibirá ese acto de bondad. Al menos hemos hecho nuestra

parte, y si parece pasar desapercibido o no ser apreciado, puede convertirse en una oportunidad para tomar la cruz de Jesús y ayudarlos a llevarla.

Jesús contó esta parábola para desafiar a las autoridades religiosas de la época sobre cómo vivían la ley de amor de Dios. Su intención es que nos desafíe también a nosotros. La Escritura no dice que el samaritano fuera bueno. Nosotros lo llamamos así. Si llamamos “bueno” al samaritano, ¿no deberíamos tratar de seguir su ejemplo?